

# Vivir no es gratis

Enric Durbà

Nunca llegó a entenderlo. Desde luego, era algo que cada día escapaba más y más a su comprensión. Lo estaba haciendo todo bien al fin y al cabo, pero algo seguía sin funcionar del todo. Era como un grillo de los que no desaparecen aunque mimes con esmero un coche viejo, una molestia que al principio recorría su mente, pero que poco a poco la había invadido por completo. Tal vez no estaba hecho para ello.

Se levantaba a las ocho todos los días. Al principio, cuando aún respetaba la rutina, se sentaba en el escritorio. Pero poco a poco se fue, holgazán, al sillón. Las circunstancias no tardaron en empujarlo al sofá, y allí estaba ahora, bien temprano y sin duchar, aún sin cepillarse los dientes pero ya con la pantalla rebotando en el fondo de sus ojos mientras pasaba un trapo húmedo al cristal de sus gafas. En ese momento, la noche aún asomaba, tímida, por la ventana.

Unas cuantas teclas patosas con sus respectivos retrocesos y ya se había levantado una vez más, a dar una vuelta o simplemente a buscar un respiro de sí mismo, aunque este nunca llegaba. Normalmente se habla de lo difícil que es ordenar las ideas, plasmarlas con gracia, pero si hay algo más complicado que eso





es gestionar una mente en blanco como la suya. ¿Qué se hace entonces? Nadie lo sabe.

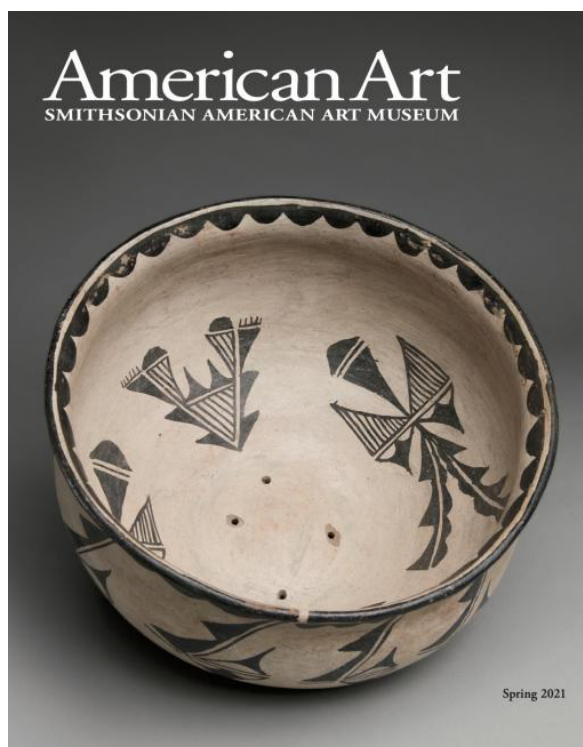
A veces es incluso difícil distinguir si el problema se trata de la primera o de la segunda opción, así le pasaba a él. En su paseo sin rumbo acabó pensando en la oreja de Van Gogh, un ejemplo perfecto entre la falta de información y la multiplicidad de voces en un espacio que se asemejaba a su cabeza. Una oreja o un lóbulo, una prostituta o la limpiadora de un hotel.

Fue entonces cuando no pudo soportarlo más y se dio una bofetada a sí mismo. Volvió al sofá y tecleó un poco más sin escribir nada, cuando un timbre inesperado lo sobresaltó. La factura de la luz, presta en su bandeja de entrada en el primer día de ese vigesimosexto mes sin avances desde la última entrega. El problemilla destacaba ahora porque no sabía si podría pagarla. Sin más oficio que tres libros publicados, los ingresos en su cuenta no eran muchos y sus esfuerzos por promocionarse tampoco eran nada del otro mundo. Su editora no sabía nada de él, ya no se molestaba en escribirle más, y por eso mismo no parecía mostrar mucho interés en publicitar un autor muerto. ¿Quién lo diría?

Llegó la segunda bofetada, pero ese momentáneo encuentro físico no alejaba en ningún caso estos pensamientos que rondaban, sin parar, su mente. Escribir ya no era algo divertido, ni siquiera era una obligación; se había convertido en una tortura. Cada enunciado con gracia, cada oración con algo de verdad en su contenido le provocaba una insaciable necesidad de autocensura que no podía reprimir. Después de las primeras publicaciones había entendido lo que significaba todo aquello y no estaba dispuesto a pasar por esa sensación de desnudez de nuevo. Pero era difícil.

Se convencía de que no había ningún problema con sus textos, de que podía publicarlo todo, pero las imágenes de esos circos del protagonismo y el ego que había llevado a cabo su editorial lo revolvían por dentro; no estaba dispuesto a vivir otra de esas infernales firmas en las que los entrometidos lectores le preguntaban por aquello que había sido, sin tapujos, su propia vida. Les tenía cierto asco, ya en este punto. Entonces paraba y lo borraba. Lo borraba porque se había dado cuenta de que había vendido su mente; ahora ya no le pertenecía solo a él, sino a todos los demás. Le pertenecía a cualquiera con nueve euros con cincuenta y ganas de comprar un libro.

Sin darse cuenta y con esta preocupación acechando, se le habían hecho las once y ya era hora de terminar un día más. Se acercó a la cocina y ya más tranquilo preparó la comida del gato: una de las últimas latas que pudo encontrar en la despensa. Mientras el animal comía, cogió unos pantalones que habían quedado en el respaldo de la silla de la cocina y les retiró el cinturón, que seguía en las trabillas. No tardó entonces en anudárselo como pudo al cuello, subirse a esa misma silla desgastada y dejarse caer, mientras el gato observaba y seguía, poco a poco, comiendo. A las once y diez de la mañana el día ya no podía ir a peor; tal vez el siguiente mejorase, siempre que alguien tuviese nueve con cincuenta y ganas de comprar un libro.



Cover: Tonita Peña (Quah Ah), Bowl, 1934. Clay and paint, 7 1/16 x 11 7/16 in. School for Advanced Research, Sante Fe, N.M., SAR.1993-1-1. Donated by Ida M. Shaw; Gift of the artist to the Shaw family. This image has been approved for publication by Joe Herrera Jr. on behalf of the Peña family; Governor Joseph L. Herrera, Cochiti Pueblo; the Indian Arts Research Center at the School for Advanced Research; and Clarence Cruz and Mary Evangeline Suina, cultural representatives for the Indigenous knowledge of Pueblo pottery.

Photo: Addison Doty

In the Spring 2021 issue of *American Art*: (1) Commentaries on design—from andirons to automobiles—by David Brody, Jennifer Van Horn, Kristina Wilson, Rhoda Eitel-Porter, and Jennifer Quick. (2) Paisid Aramphongphan, winner of the 2019 Terra Foundation International Essay Prize, explores Paul Thek's religious modernism. (3) Elizabeth S. Hawley considers the gendered knowledge in Tonita Peña's paintings on and about Pueblo pottery. (4) Jenny Anger reconfigures modernism's troubled relationship to mental health by looking at the career of painter Sonja Sekula. (\*) *American Art* is committed to the principles of justice and equality expressed in the Statement from the Secretary of the Smithsonian from May 31, 2020.

«Hombre con Gato»  
1898, Cecilia Beaux

Digitalización cedida por  
Smithsonian American Art Museum.  
Washington, Estados Unidos

**SAAM**



© Enric Durbà, 2021. Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total ni parcial sin autorización previa. Excepcionalmente, se permitirá la reproducción del texto (siempre concertada previamente) con fines no comerciales, siempre que se respete la integridad del mismo y se cite expresamente la fuente. Más info. en [col92.link/enric](https://col92.link/enric) o en [hola@enric.grup92.com](mailto:hola@enric.grup92.com). Pintura: Cecilia Beaux, Man with the Cat (Henry Sturgis Drinker), 1898, Oil on canvas, Smithsonian American Art Museum, Bequest of Henry Ward Ranger through the National Academy of Design, 1952.10.1